





# 1999

## ● Carlos Fuentes Macías

Nació en la ciudad de Panamá, en 1928. Narrador y ensayista mexicano cuya obra se sitúa en el llamado boom de la literatura hispanoamericana. Es uno de los escritores más importantes de todos los tiempos en el conjunto de la literatura de su país. Figura dominante en el panorama nacional del siglo XX, por su cuidadosa exploración de México y lo mexicano, a través de una obra extensa y que usa un lenguaje audaz y novedoso capaz de incorporar neologismos, crudezas coloquiales y palabras extranjeras, su propuesta se sumerge en el inconsciente personal y en el colectivo, y traslada con vigor a las letras mexicanas los mejores recursos de las vanguardias europeas.

Hijo de un diplomático de carrera, tuvo una infancia cosmopolita y estuvo inmerso en un ambiente de intensa actividad intelectual. Licenciado en leyes por la Universidad Nacional Autónoma de México, se doctoró en el Instituto de Estudios Internacionales de Ginebra, Suiza. Su vida estuvo marcada por constantes viajes y estancias en el extranjero, sin perder nunca la base y plataforma cultural mexicana.

En la década de los sesenta participó en diversas publicaciones literarias. Junto con Emmanuel Carballo fundó la Revista Mexicana de Literatura, foro abierto de expresión para los jóvenes creadores. A los veintiséis años se dio a conocer como escritor con el volumen de cuentos *Los días enmascarados*, que fue bien recibido por la crítica y el público. Se advertía ya en ese texto el germen de sus preocupaciones: la exploración del pasado prehispánico y de los sutiles límites entre realidad y ficción, así como la descripción del ambiente ameno y relajado de una joven generación confrontada con un sistema de valores sociales y morales en decadencia.

Las promesas de originalidad y vigor que se vislumbraban en esa obra se cumplieron plenamente con *La región más transparente* (1958), un dinámico fresco sobre el México de la época que integra en un flujo de voces los pensamientos, anhelos y vicios de diversas capas sociales. En 1962 apareció *La muerte de Artemio Cruz*, una de las mayores novelas de las letras mexicanas. Sus páginas detienen por un instante, con una prosa compleja de identidades fragmentadas, el flujo de conciencia de un viejo militar de la Revolución de 1910 que se encuentra a punto de morir, e indagan en el sentido de la condición humana.

Esas obras iniciales cimentaron un ciclo denominado por el autor *La edad del tiempo*, obra en constante progreso a la que se fueron sumando diversos volúmenes. *Zona sagrada* (1967) retrata la difícil relación entre una diva del cine nacional y su hijo. *Terra Nostra* (1975), novela muy extensa que muchos consideraron inabordable, llevaba al límite la exploración de los orígenes del ser nacional. *Cristóbal Nonato* (1987), inspirada en *Tristram Shandy* de L. Sterne, narra el apocalipsis nacional empleando la voz de un niño que se está gestando.

A esta selección se agrega la novela corta *Aura* (1962), historia mágica, fantasmal y extraña en la mejor tradición de la literatura fantástica. Su experimentalismo narrativo fue menguando en el curso de los años, como se hizo perceptible en *Diana* o *la cazadora solitaria* (1994), breve novela que recontaba su tormentosa relación con la actriz Jean Seberg. A pesar de ello agregó a su obra títulos interesantes como *Constancia* y otras novelas para vírgenes (1990), *El naranjo* o *los círculos del tiempo* (1993) y *La frontera de cristal* (1995), conjunto de historias centradas en la línea divisoria que separa a México de Estados Unidos.

Fuentes también ha publicado *La campaña* (1990), *Los años con Laura Díaz* (1999), *Instinto de Inez* (2001) y *La silla del águila* (2003). Ensayista, editorialista de prestigiosos periódicos y crítico literario, ha publicado también obras de teatro. Una inteligencia atenta al presente y sus inquietudes, el profundo conocimiento de la psicología del mexicano y una cultura de alcance universal hacen de su obra un punto de referencia indispensable para el entendimiento de su país. En 1994 fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

### **DISCURSO DE LA C. SENADORA MARÍA DE LOS ÁNGELES MORENO URIEGAS**

Ciudadano Presidente de la República; Señor Presidente del Senado; Señor Presidente de la Cámara de Diputados; compañeras Senadoras; compañeros Senadores; estimables Diputadas y Diputados; Señora Jefa de Gobierno del Distrito Federal; Integrantes de la Orden Mexicana de la Medalla Belisario Domínguez; señoras y señores:

Una ya larga tradición confiere al Senado la responsabilidad de discernir uno de los reconocimientos más altos de la República, la Medalla de Honor Belisario Domínguez. Figura emblemática, Belisario Domínguez representa el valor y la eficacia de la palabra concebida como instrumento de la libertad.

Es nuestro Senador vitalicio, encarna la respetabilidad y la independencia del Poder Legislativo de la Nación. Murió asesinado en defensa de la legalidad, como a todos los

hombres y mujeres de valía que nuestro pueblo ha procreado y que surgen luminosos en los momentos más intrincados de nuestra historia nacional, la memoria colectiva lo hizo inmortal.

Así año con año corresponde a la representación federal en esta ceremonia solemne rememorar la fuerza de las ideas, de la palabra y del valor que lo hicieron imperecedero. Pueblo grande que en medio de dificultades y recambios alienta personalidades a la altura de la demanda histórica.

Belisario Domínguez asume la palabra de la libertad y la libertad de la palabra pronunciada como esencia de identidad. La palabra de ese político decoroso y valiente permanece entre nosotros, lo ha escrito Andrés Henestrosa: "La verdad no murió porque se corte la lengua que la diga."

En este contexto de homenaje al valor de la palabra permítaseme referirme a quien hoy galardonamos. Señoras y señores: Cuando la Comisión Senatorial correspondiente dio comienzo al análisis que cada año realizamos para decidir la asignación de la Medalla de Honor Belisario Domínguez surgió pronto el nombre de nuestro compatriota Carlos Fuentes.

Su candidatura fue aprobada con entusiasta unanimidad, de manera deliberada he recurrido a la palabra compatriota, desde la casa familiar y las primeras letras hemos oído las palabras: Patria, patriotismo, compatriota. Y al evocar y conferir a esos vocablos, contenido vital, nos asumimos como una sociedad articulada, como una Nación que se ha salvado y se salvará por el patriotismo de sus hijos.

Con sangre veracruzana en la venas Carlos Fuentes es uno de los mexicanos más universales, y mientras más mexicano más universal. Ha sido capaz de alternar su portentoso oficio de renovador de la novela mexicana con su también deslumbrante tarea como crítico, a veces irónico, a veces descarnado, siempre propositivo de nuestra vida política y social.

Fuentes ha contribuido de manera decisiva al lado de mexicanos ilustres como López Velarde y Gorostiza, Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, Rulfo y Octavio Paz, para sólo mencionar a unos cuantos de nuestros creadores fundamentales a situar a la literatura mexicana y a la cultura de nuestro país en los primeros planos de la crítica mundial.

En más de un sentido, Fuentes se ha desempeñado como Embajador itinerante de la cultura mexicana. Infatigablemente escribe e infatigablemente publica, edita y polemiza; estimula con acicate esperanzado a los creadores jóvenes, recorre el mundo porque abrevó, al fin y al cabo, en el ejemplo de un prestigiado diplomático, miembro de nuestro honroso servicio exterior.

Mexicano hasta la médula de su alma, Fuentes se abrió al mundo desde sus primeros pasos: Panamá y Quito, Buenos Aires y Río de Janeiro, Montevideo y Washington, París y Santiago de Chile. Su infancia y su primera juventud, florecen en diversos espacios de nuestro continente.

Fuentes es un mexicano habituado a mirar lejos. Mientras más lejos mira y viaja, mejor conoce a México, su México, punto de partida de una concepción literaria integral de la vida, y puerto de llegada de su experiencia universal.

Es el escritor que mejor retrata, y recrea, nuestra vida urbana en este último medio siglo del milenio. Bien dijo Fernando Benítez: "Fuentes escribe empleando el español más mexicano que se ha escrito nunca."

Dentro y fuera del país ha difundido y acrecentado nuestro patrimonio cultural. Nos ha visto, y entrevistó, desde su perspectiva latinoamericana y europea. Ha reconocido el mundo y lo ha visto con los ojos de un mexicano universal. Hijo intelectual de grandes maestros, como Mario de la Cueva y Alfonso Reyes.

Ha recorrido, palmo a palmo, nuestra geografía física y humana. De ese viaje interminable, emergen y cobran fuerza y autonomía, sus personajes y sus temas: Ixca Cienfuegos y Gladys García; Artemio Cruz y Maximiliano; Tezozómoc y Juan Ruiz de Alarcón; el chino Taboada y Jaime Cevallos; el Cura Hidalgo y Emiliano Zapata.

De manera retadora, Carlos Fuentes ha establecido un compromiso democrático con la literatura y el cine, el teatro y la novela, el ensayo político y el reportaje periodístico; la crítica y la investigación. "Está en el mediodía de sus dones, y aún no ha dicho su palabra final", dijo Octavio Paz acerca del hoy destinatario de nuestra presea republicana cuando le dio la bienvenida como miembro de El Colegio Nacional.

Innovador de la narrativa mexicana, Fuentes, como su Maestro Alfonso Reyes, ha hecho de la crítica, crítica política, literaria, sociológica, filosófica, una forma erudita y exacta de la creación literaria.

Siempre admiró en Alfonso Reyes, además de sus eminentes talentos, ese otro talento que se ha afanado en imitar, el que es "fruto de la disciplina y de la integridad intelectual en un país de improvisaciones y pretextos, de días y trabajos dilapidados en el sarcasmo y el ingenio de café", escribe en su ensayo del elogio de Alfonso Reyes.

Crítico de nuestras realidades y contradicciones, Fuentes las conoce, las descubre y las describe, las denuncia, las novela y hasta puede amarlas. Y, porque las ama, quiere transformarlas. Y para transformarlas escribe de manera compulsiva, porque si no escribiera de este modo, no podría ni respirar.

Quien hoy recibe la Medalla de Honor Belisario Domínguez ha ejercido, y ejerce la crítica del poder, porque conoce con precisión técnica y escrúpulo académico, el poder de la crítica democrática.

Estamos reunidos aquí para reconocer los méritos eminentes que a nuestro país ha prestado un escritor que ha enriquecido la tradición de los más agudos conocedores de la compleja alma mexicana: Servando Teresa de Mier y José María Luis Mora, Zarco y Altamirano; Luis Cabrera y Molina Enríquez, Salvador Novo, José Iturriga y Santiago Ramírez.

He dicho reconocer, y no he dicho premiar. La Medalla de Honor Belisario Domínguez, es mucho más que un premio.

Al recibirla, Rufino Tamayo dijo con emoción: “es la mejor gloria que he conquistado.” El escritor no requiere estímulos para escribir, vive para escribir, porque es la única manera de encontrarse y explicarse en el mundo.

Por lo tanto, la Medalla de Honor Belisario Domínguez reconoce en la variada obra de Carlos Fuentes, la continuidad de un esfuerzo sistemático, por explicar a México en toda su intrincada trama histórica y social, política y cultural, económica e internacional.

La trabajosa, heroica construcción de nuestro Estado nacional, ese Estado que según palabras del propio Fuentes salvara a México de la anarquía interna y de las presiones externas, la erudita interpretación de nuestra poliédrica y contradictoria relación, con la cultura y el poderío norteamericanos.

El inacabado debate entre nuestros mundos íntimos constitutivos, el indígena y el español, y eso que podríamos llamar, si me lo permiten, patriotismo latinoamericano, son algunas de las grandes líneas maestras que integran y definen la calidad y la hondura, la densidad y la tensión, la lucidez y el rigor en los escritos de Carlos Fuentes.

A lo largo de su intensa obra hay un tema recurrente que Fuentes suele examinar con la lupa del dramaturgo o el escalpelo del minucioso narrador. El enorme tema de la política y la democracia en México.

Él cree con vehemencia patriótica en un México cada vez más plural en lo político e ideológico; cree, al mismo tiempo, que los avances democráticos, con rezagos sociales, algunos de ellos que datan de la época anterior a la conquista, como apunta en el Espejo Enterrado, integran una fórmula inviable y grave tensión social.

Carlos Fuentes, el escritor, el novelista, el analista político, y hombre de su tiempo, recibe hoy la Medalla Belisario Domínguez precisamente por su convicción irrenunciable sobre la libertad de pensar y decir; libertad de expresar formas diversas del pensamiento.

Al Doctor Domínguez, como a Fuentes, los identifica una línea intangible que se consolida en el tiempo: la del valor y el compromiso. Ambos optaron por esgrimir la palabra como arma de la conciencia crítica; ambos protagonistas de su tiempo, de su historia, dan cuenta de formas de sentir, de vivir y de luchar por la democracia, denunciando en su momento y su circunstancia la injusticia.

De orígenes tan disímolos, estos dos mexicanos viven y miran al país en condiciones diversas; en contextos distintos, pero siempre con una perspectiva particular de cambio y constancia.

El chiapaneco permaneció en Francia 10 años, Carlos Fuentes ha transcurrido buena parte de su vida por el mundo, y ha abrevado de la cultura universal, pero teniendo siempre presente a México y su circunstancia.

Quizá habría que insistir en que su pasión mexicanista lo ha llevado a creer y a difundir, a ultranza, la existencia de un espíritu nacional; un espíritu donde los mitos no le sirvan de ilustración, sino de explicación.

Reconoce que la felicidad y la historia rara vez coinciden, y por ello en América Latina hemos aprendido a escribir novelas para devolverle un mínimo de salud a la historia.

El historiador que habita en su pensamiento ha insistido en recordar que los mexicanos tenemos un pasado que se renueva siempre. Nos ha demostrado con absoluta certeza que quienes creen que el pasado está muerto se condenan irremisiblemente a un futuro muerto aun antes de nacer.

El pasado, que ha logrado recrear en forma magistral está vivo. Es como un libro que tomamos por primera vez, por ello la utopía tiende a funcionar de dos maneras: mira hacia el pasado y mira hacia el futuro; es la idea de una recuperación del origen, de la validez de una supuesta sociedad de fundación, o es la idea de una sociedad mejor, mucho mejor construida en el futuro.

Es la posibilidad de una multinarrativa capaz de sustituir la mononarrativa con la que a veces nos encerramos, debilitando el potencial de la creación plural mexicana.

Carlos Fuentes ha vivido, sentido y sopesado el transcurrir de un siglo complejo que lucha entre las crisis y la necesidad de una continuidad cultural, que como bien advierte en su valiente mundo nuevo, contrasta dramáticamente con la fragmentación política de nuestro continente, resultado de dolorosos fracasos políticos, en tanto que se ha revelado el vigor de la continuidad cultural, no obstante ellos.

Ha insistido en que el arte y la literatura son el espacio espiritual de un país, y mientras más libre sea éste, más nos pertenece a todos.

Por ello, sus obras ni envejecen ni se olvidan, forman parte del colectivo imaginario de México, un espejo desenterrado al cual se asoman los lectores para encontrarse e identificarse con el alma nacional.

Un espacio en que los personajes son capaces de ampliar los límites de lo real. De ampliar con la fuerza del pensamiento y la imaginación los horizontes de la realidad.

Señoras y señores:

Al final del siglo XX, el Senado de la República determinó reconocer a un autor cuya obra, talento y biografía le han mostrado al mundo la universalidad de lo mexicano, y cuya narrativa proyecta en el orbe el claroscuro de nuestra multifacética identidad nacional.

Agradezco a mis compañeras y compañeros, el privilegio de hacer uso de la palabra en esta Sesión Solemne.

Saludamos la presencia del Presidente de la República en este homenaje a las virtudes cívicas, que reflejan un nuevo tiempo mexicano.

Nos place la asistencia de nuestros compañeros Diputados y la Presencia del Ejecutivo Estatal de Chiapas.

Reconocer a Carlos Fuentes, y exaltar la memoria de Belisario Domínguez, son decisiones que comparten una misma valoración esencial.

Crear en la fuerza de México, creer en la grandeza de un país que a través de ciudadanos preclaros, se abre cauce y horada la historia con la huella de su identidad.

Aspiramos a que el siglo XXI encuentre una Nación unida en lo esencial, pluriétnica y pluricultural, pero integrada y vigente.

Un país donde el pensamiento y la sensibilidad de los mexicanos, renueven un pacto de entendimiento y actitud constructiva, con el acuerdo básico de dar pleno vigor a la legalidad.

Una sociedad, donde el concepto patriotismo no sea expresión vacía y retórica o anacronismo y recurso demagógico, sino que corresponda a una acepción que nutra la cohesión nacional y cuyo ejercicio dé sustento a la unidad democrática entre todos los mexicanos, por encima de filiaciones o discrepancias, al amparo de una democracia pluralista en cuya construcción todos tenemos responsabilidad y en la cual confluyan afinidades, contradicciones y disensos, diferencias profundas y matices, tradición y modernidad.

En ese robusto heterogéneo y dinámico tejido que será el México del siglo XXI, el Poder Legislativo habrá de concurrir democrático, plural y representativo de un pueblo decidido a escribir su porvenir.

Muchas gracias.

### **DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS FUENTES**

Señor Doctor Ernesto Zedillo Ponce de León, Presidente de México; Señor Senador Cristóbal Arias, Presidente de la Mesa Directiva del Honorable Senado de la República; Señor Ministro Genaro Góngora, Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Señora Senadora María de los Ángeles Moreno, Presidenta de la Gran Comisión del Honorable Senado de la República -muchas gracias, por sus generosísimas palabras que son ya una segunda recompensa este día-; Señor Diputado José Paoli Bolio, Presidente de la Mesa Directiva de la Honorable Cámara de Diputados; señores y señoras Senadoras y Diputados; señoras y señores; amigos todos:

Soy consciente de que ésta es la última vez, en el siglo XX, que el Senado de la República otorga la presea, que al rememorar a uno de sus más ilustres miembros, nos impone a todos los ciudadanos de México claras obligaciones para llegar con voluntad vigorosa al nuevo siglo y al nuevo milenio.

Belisario Domínguez, con su ejemplo, le dio un sello de honor a la Revolución Mexicana. La Revolución Mexicana no fue sólo el primer gran movimiento social del siglo XX; fue el primero protagonizado por un país pobre, injusto e insatisfecho. Fue, por ello mismo, un movimiento para alcanzar la prosperidad, la justicia y la satisfacción. Fue también, el primer movimiento del siglo que genialmente, supo aunar los derechos individuales y los derechos sociales.

El Constituyente de Querétaro, con anterioridad a la Constitución Alemana de Weimar, le dio rango superior al Derecho del Trabajo y al Derecho de la Tierra, lado a lado con las garantías de la persona, sobre bases jurídicas tan claras, pero sobre un doloroso trasfondo de lucha fratricida, México creó su propia modernidad. No una simple imitación extralógica de modelos prestigiosos, pero poco avenidos a nuestra realidad, sino una lógica identificación de lo que México era, lo que quería ser y lo que podía ser. Es éste, impulso inseparable de un proceso de identificación nacional, lo que le ha dado a México su perfil.



La Revolución Mexicana hizo a un lado el modelo único de desarrollo propio de el Porfiriato, que era en esencia un modelo excluyente.

El movimiento por el que luchó y murió Belisario Domínguez propuso un modelo incluyente que abrazase la totalidad de nuestros componentes culturales, México indígena, México ibérico, México mestizo, dándole figura con ello, a una identidad nacional inconfundible.

La cultura fue la primera y más poderosa protagonista de este acto de auto-reconocimiento; la cultura de México nos dio muy pronto las armas del ser; no fue, sin embargo, a fuera de incluyente, una cultura concluyente.

Descubrir de nuevo cuanto habíamos sido significó un proyecto doble: por una parte, nos reveló lo que éramos; por la otra, lo que queríamos, podíamos y debíamos ser.

Sometida a duras presiones internacionales, la Revolución de Belisario Domínguez, demandó unidad nacional, y la obtuvo; pero también demandó aplazamiento de muchas exigencias políticas; otorgó en cambio, grandes beneficios sociales y económicos a una población sometida en 1910 a las fatalidades aparentes de la ignorancia y de la injusticia.

La unidad del país permitió en gran medida, rápidos avances en materia económica, de comunicaciones, de salud; pero sobre todo, los regímenes revolucionarios educaron. Enseñaron el alfabeto a un país 90 por ciento iletrado en 1910; rescataron las tradiciones indígenas, coloniales e independentistas del país.

La educación revolucionaria enseñó democracia, enseñó respeto a la opinión ajena, enseñó pluralidad, y enseñó diversidad.

La educación mexicana, en otras palabras, creó ciudadanos donde antes habían sujetos.

Es propio de las revoluciones crear instituciones, todas lo han hecho, pero no siempre crean ciudadanos; la nuestra sí.

Por eso, por eso, tarde o temprano el pacto tácito que daba estabilidad y desarrollo a cambio de democracia, tenía que ser trascendido por la dinámica misma de los factores que aquí he señalado: desarrollo económico, comunicaciones, salud y, sobre todo, educación.

La demanda ciudadana a favor de la democracia, no fue pues, ni una concesión desde arriba, ni un ciego impulso desde abajo; fue, ha sido, y seguirá siendo una cita concertada entre la voluntad política de un pueblo sabio, y la voluntad política de gobernantes responsables.

El terrible drama que sacudió a nuestro país en octubre de 1968 puso de manifiesto que la ciudadanía había desbordado al poder, y que los mexicanos habíamos aprendido bien la más profunda lección de Belisario Domínguez, de Francisco I. Madero, y de Emiliano Zapata.

Desarrollo sí, pero con justicia; justicia y desarrollo sí, pero con democracia; y democracia sí, pero con desarrollo y justicia.

Nos acercamos a un nuevo siglo, convencidos de que los tres árboles que le dan fuerza y amparo a nuestra nación: desarrollo, democracia y justicia, son inseparables; Nación del tronco de una misma aspiración, los nutre una savia común.

Por eso nos duele tanto la separación que aún percibimos entre el rápido avance democrático del país, y los tremendos rezagos, y las intolerables injusticias que aún nos aquejan.

El impulso económico que la Revolución le dio a México, tuvo lugar porque se liberaron las fuerzas dormidas de la nación; la fuerza de sus trabajadores, de sus empresarios y de un Estado Nacional garante del equilibrio entre ambos. No siempre supimos mantener el adecuado equilibrio de los tres factores.

Qué duda cabe sin embargo, que la organización de las clases populares, la empresa productiva y el Estado regulador se vuelven a imponer hoy, superados modelos que tuvieron su hora e identificadas deformaciones que nunca fueron admisibles, como la triada trabajo, empresa y Estado, de un equilibrio que garantice el crecimiento con libertad y con justicia; pero ya no a partir, simplemente de la unidad, sino de algo más desafiante, de la diversidad que hoy caracteriza a nuestro país.

Los problemas del año 2000 ya no son los del año 1900; aquellos eran los problemas del retraso abismal, de la marginación política, social y cultural de grandes masas, de la inmensa mayoría de la población.

Estos, los de hoy, son los problemas de las insuficiencias inadmisibles; de las conciencias exigentes que nos dicen: "mucho se ha logrado, mucho se ha logrado, pero lo importante es no sólo saberlo, sino exigir que ahora se logre lo mucho que aún falta por hacer, hemos pasado de la revolución de las armas a las armas de la política."

La grandeza misma del país, sus realizaciones materiales, políticas y culturales a lo largo de este ciclo, son las realidades que nos piden más y mejores soluciones para los problemas de hoy. Muchos de ellos generados por el desarrollo mismo; pero otros determinados por la persistencia de antiguas, antiquísimas injusticias y desigualdades.

Podríamos levantar aquí mismo en este honorabilísimo recinto una pirámide de quejas: queja del indígena, queja del campesino, queja del obrero, queja del emigrante, queja del ciudadano que respira aire contaminado, es asaltado, o secuestrado o asesinado, queja del niño sin escuela, de la madre sin alimentos, del padre sin empleo.

Pero una vez en la cima de la pirámide, y una vez que hemos levantado la vista al cielo del ideal, qué nos queda si no volverla allá abajo, al pie de la pirámide, a la base de la construcción y aunar a la indispensable, a la saludable crítica, la ardua exigencia de la proposición.

Y hay proposición más urgente y más factible para nuestro siglo XXI que demostrar la viable coexistencia de la responsabilidad fiscal y de la responsabilidad social.

Sabemos quiénes somos, sabemos dónde estamos, vivimos en mundo globalizado; no es un mundo justo, pero puede ser un mundo mejor.

No aceptamos una globalización que sólo mundialice la miseria. Y ello puede ocurrir, está ocurriendo, si apelamos a los datos negativos del fenómeno corremos el peligro de

crear mundialmente una subclase estructural permanente, excluida de las bondades de un sistema de darwinismo global que sólo beneficie los más aptos y deje a la vera del camino desprotegidos a quienes se quedan atrás en la carrera, la creciente masa de los marginados.

Y ya hay dos mil millones de pobres en el mundo, sólo en nuestra América Latina uno de cada cinco habitantes padece hambre; y la mitad de la población, 200 millones de latinoamericanos, vive o sobrevive con menos de 90 dólares al mes.

En el Hemisferio Norte el 20 por ciento de la humanidad recibe el 80 por ciento del ingreso mundial, mientras que en el Sur la tercera parte de la humanidad vive en condiciones de extrema pobreza.

¿Cómo resolver esta situación? Más que con la ayuda desde afuera nos toca pensar cómo nos podemos ayudar desde adentro.

Hay un acuerdo general: que la educación es la vía más segura para superar desde la base, dentro de cada Nación, este estado de cosas; pero la mala distribución del ingreso mundial se refleja también en el desperdicio global de recursos para la educación.

Es inaceptable, nos dicen entre otros el Director General de la UNESCO, Federico Mayor, y el Director del Banco Mundial, James D. Wolfensohn, "es inaceptable que un mundo que gasta aproximadamente 800 mil millones de dólares al año en armamentos, no pueda encontrar el dinero estimado en seis mil millones de dólares al año en contra de 800 mil millones de dólares al año, seis mil millones de dólares al año para dar escuela a todos los niños del mundo." Fin de la cita.

Tan sólo una rebaja del uno por ciento en gastos militares en el mundo sería suficiente para sentar en un pupitre y frente a un pizarrón a todos los niños del planeta.

Y no hay ni habrá recurso más seguro para acortar la distancia entre la velocidad del desarrollo técnico y científico en el primer mundo y su retraso en el nuestro que el camino de la educación.

Es sólo el llamado más evidente a la causa que aquí proclamo, al recibir este inmenso honor del Senado de la República y de manos del Jefe del Estado, darle soluciones locales a los problemas globales.

Es posible referirse una y otra vez a los datos negativos del fenómeno globalizador y la manera de superarlos, la lógica especulativa debe ceder ante la lógica productiva, la libertad de movimiento de las cosas, de las mercancías, no debe privar sobre la libertad de movimiento de los trabajadores, las cosas son libres, los trabajadores son cautivos, pero el trabajador migratorio le es indispensable a las economías desarrolladas en la era globalizada. El trabajador migratorio no debe ser el chivo expiatorio de problemas y deficiencias propias del mundo desarrollado.

La velocidad y universalidad de las comunicaciones es una de las grandes bondades de la globalización. Pero estamos tan bien informados mundialmente como creemos, la abundancia de la información significa que lo que se comunica importa, o estamos cediendo cada vez más a una cultura de la banalidad informativa y de los espejismos del espectáculo.

El aspecto más positivo de la información global, sin embargo, es que ha logrado universalizar el concepto de los derechos humanos y que le ha otorgado a la violación de dichos derechos, carácter no sólo universal, sino imprescriptible.

Estos son apenas cuatro facetas del fenómeno que contribuyen a confirmar que la misión, el conjunto social de una Nación como México consiste en reanimar desde adentro los valores del trabajo, la salud, la educación y el ahorro, la crítica social y la experiencia democrática.

Démosle al fenómeno global, que es un hecho y no va a decirnos adiós, su dimensión nacional y humana. Devolvámosle su centralidad al ser humano, al capital humano, abogamos por una mayor justicia en la relación norte – sur, ciertamente, pero la calidad empieza por casa y lo primero que los mexicanos debemos preguntarnos es: ¿Con qué recursos contamos para sentar las bases de un desarrollo que nos permita ser factores activos del veloz movimiento hacia el siglo XXI? Creo que no seremos excepción a la verdad que se perfila con claridad cada vez mayor, no hay globalidad que sirva, no hay globalidad que valga sin localidad que sirva.

En otras palabras, no hay participación global sana que no parta de gobernanza local sana, y la gobernanza local necesita sectores públicos y privados fuertes y renovados, el Estado es necesario, el Estado no es superfluo, no hay economía desarrollada que no cuente hoy con un Estado no grande sino fuerte, no propietario, sino regulador.

El mercado a su vez, es instrumento no dogma, a la iniciativa privada le corresponde el interés a invertir, producir y/o obtener ganancias, pero en el mundo de hoy le interesa también entender que el mercado no es fin en sí mismo, sino medio para alcanzar el bienestar compartido y un número creciente de consumidores.

Y le conviene al sector privado colaborar con el Estado en las políticas de elevación del ahorro interno, capacitación de trabajadores, fomento de la conversión laboral, ampliación del acceso al crédito, la asistencia técnica y los sistemas de comercialización y distribución de los pequeños productores.

Estado y sociedad; la sociedad sin Estado genera nuevos feudalismos, pero el Estado sin sociedad degenera en nuevos autoritarismos.

Celebramos hoy en nombre de Belisario Domínguez la virtud de los espacios cívicos; de los espacios cívicos en los que la sociedad encuentra instituciones que le dan respuesta y las instituciones son objeto de vigilancia, de fiscalización por parte de la sociedad.

Y es en este punto donde la sociedad civil, el tercer sector, cumple el papel fundamental de crear fuentes entre los sectores público y privado, disolver antagonismos inútiles y afirmar compatibilidades de interés colectivo.

La cultura, -para regresar al punto de donde arranqué- es obra de la sociedad entera. Es la sociedad la que la crea, la mantiene y la transmite.

Nuestro país tiene, cierto, muchas carencias. La cultura no es una de ellas; la continuidad y riqueza de nuestra civilización nació en el alba indígena, se prolonga en la mañana de la Nueva España, como la llamó Alfonso Reyes; se raya de indio, de moro y de español, como dijese Ramón López Velarde; pero también de judío, de griego y de latino; se hace

en la independencia contemporánea del siglo de las Luces; readquiere en la Reforma el perfil de un Estado nacional, donde antes privaba la anarquía desangrante, y finalmente trasciende la falsa, de haber progreso sin libertad, para juntar en la Revolución todos los hilos de una cultura múltiple, variada, centrada en México, pero abierta al mundo.

Somos dueños de la identidad mexicana, seamos ahora partícipes de la diversidad mexicana.

Digo cultura y digo conocimiento. Digo cultura y digo de nuevo educación; pero digo educación, y pienso no sólo en escuelas; si no en talleres, fábricas, en centros de salud, en comunicaciones y pienso en hogares.

Digo educación y pienso en capital humano, no sólo abundante, sino enérgico, inteligente y necesitado de instrumentos y hábitat básicos para rendir óptimamente sus frutos.

Digo educación y pienso en iniciativas ciudadanas; pienso en la vida municipal; pienso en educación y pienso en políticas fiscales, ahorro, inversión, atracción de capitales productivos, liberación de la mujer, protección del medio ambiente, fortalecimiento de la empresa privada productiva del Estado regulador y de las organizaciones de la sociedad civil que le den en su conjunto el techo protector suficiente para su desarrollo a las mayorías desposeídas de México.

Pienso en educación, para eliminar la injusticia, el abuso, la discriminación, la falta de respeto a nuestros conciudadanos, y sobre todo, la corrupción; la corrupción que es la forma más brutal de robarles a los pobres.

Pienso en educación y pienso en una cultura de la legalidad, que despida para siempre la incultura, de la arbitrariedad.

Pienso en educación y pienso en tolerancia; pienso en educación y pienso en experiencia; pero pienso en experiencia y pienso en destino; destino de los actos y destino de las palabras.

Don Belisario Domínguez, unió ambos destinos; habló y actuó. Demostró que no es cierto que sólo la acción cuenta y la palabra no importe. Para él, -es su gran lección- la palabra y la acción caminaban de la mano en días de sol y en noches turbias.

No puedo pasar por alto, como mexicano de hoy, que Don Belisario Domínguez era chiapaneco. Sin duda, él no estaría hoy ausente de las dramáticas realidades de su estado natal, estado de frontera, estado límite de las contradicciones, carencias y potencias de México.

Como no lo estamos nosotros, ninguno de nosotros. No me atrevo sin embargo, a adjudicarle al chiapaneco Belisario Domínguez, palabras o ideas que él ya no podría alentar o desalentar.

Pero si creo posible pedirles a cada uno de ustedes, que imaginen en su fuero interno, qué lección, qué sabiduría y acaso qué angustia, nos comunicaría hoy el ilustre chiapaneco al que honramos en este día.

Me limito a citar, lo cito: "vigilar de cerca, chiapanecos, todos los actos públicos de vuestros gobernantes; elogiarlos cuando hagan bien; criticarlos siempre que obren mal;

ser imparciales en vuestras apreciaciones; decir siempre la verdad y sostenerla con vuestra firmeza entera y muy clara." Fin de la cita.

En nuestro México plural, combativo y reflexivo, como lo deseaba Belisario Domínguez, sus palabras son una invitación para que cada uno de nosotros piense, y sabedor de que no hay verdades absolutas defienda la suya, pero respete la de los demás.

Señor Presidente de la República, Doctor Ernesto Zedillo Ponce de León; señores representantes de los Poderes de la Unión; señoras y señores: Al recibir este inmenso honor que me hace a través del Senado de la República y de manos del Señor Presidente de la República, mi país, agradezco que en México hoy podamos actuar y hablar con la libertad por la que dio la vida Belisario Domínguez. Libres por la palabra libre.

Muchas gracias.